

ORANDO CON LA PALABRA

(Pentecostés)

“ Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: “ Paz a vosotros”. Y diciendo esto, es enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: “ Paz a vosotros”. Como el Padre me ha enviado , así también os envío yo”. Y, dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo, a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados, a quienes se los retengáis, les quedan retenidos”.

(Jn.20, 19-23)

El tiempo de Pascua culmina su ciclo con la fiesta de Pentecostés. Jesús se presenta a sus discípulos reunidos después de la Resurrección, pero aún con temor y desconcierto y les vuelve a ofrecer su paz, los envía y exhala sobre ellos, la fuerza de su Espíritu.

Con la fiesta de Pentecostés, celebramos, agradecemos y actualizamos la presencia del Espíritu de Jesús entre nosotros. Es el aliento que sustenta la vida, la presencia que sana, que fortalece; el impulso que sigue suscitando en el corazón de las personas, luz, valentía, serenidad para caminar hacia ese otro mundo nuevo que soñamos.

En estos tiempos nuestros, en los que parece que la sociedad está tocando fondo, envuelta en una crisis de humanidad, en una situación de desencanto generalizado, generado por un sistema político-económico insolidario y excluyente.

En estos tiempos nuestros , de una Iglesia quizás demasiado abrumada por una realidad sociológica que le quita dinamismo y creatividad. En estos tiempos nuestros, de crisis y sombras, de voces que se alzan y procesos que se inician, de caminos gastados, futuros inciertos y sendas por estrenar, necesitamos invocar la presencia del Espíritu.

Por eso, unidos a todas las voces de la tierra le suplicamos que venga. Necesitamos que purifique y renueve el corazón y las entrañas del mundo , para que la VIDA pueda seguir fecundando la vida que gime dentro. Necesitamos que sea y serenidad en nuestra vida inquieta, que sane heridas y soledades, que acoja el clamor de tantas necesidades, “que rompa el techo de la tierra” y renueve, encienda y alegre, las entrañas del mundo.

Le necesitamos como luz en nuestros caminos, como fortaleza para responder a retos y conflictos, como sosiego para vivirlo todo, en su paz.

Que vivamos la fiesta de Pentecostés abriéndonos al Espíritu, acogiendo su acción para que se haga en nosotros, luz, fortaleza, paz. Con su fuerza seremos testigos de la Palabra que dignifica y cuestiona, que libera y salva.

ORACIÓN

En nuestro caminar cotidiano,
hecho de luz y sombras
de desconciertos y esperanzas,
venimos a ti, Señor,

uniendo nuestras voces
a la de todos los rincones de la tierra
para pedirte una vez más,
que escuches el clamor de los empobrecidos,
de los refugiados, de los humillados,
de todos los que sufren.
Necesitamos repetirte,
¡Ven, Espíritu!, te necesitamos.

¡Ven Espíritu! y habítanos.
Entra en nuestra vida agitada
y, serénanos.
Que encontremos en ti, descanso.
Que tu presencia
armonice sentimientos y temores.
Que en tu serenidad,
encontremos lucidez
para contemplar la realidad
para reconocerla,
para acogerla y transformarla.

¡Ven Espíritu y danos tu luz!.
Necesitamos tu luz
para contemplar la vida
con ojos limpios y sonrientes.
Necesitamos lucidez
para analizar la realidad,
para descubrir y acoger todo lo bueno
que los otros nos aportan.
Necesitamos tu luz,
para iluminar la situación dura
de las personas más vulnerables,
para estar cerca de ellas,
para definirnos ante situaciones de injusticia,
para compartir con otros,
cauces de compromiso y solidaridad.

¡Ven Espíritu!
y sana heridas y soledades.
Sana el corazón triste,
desencantado,

el que ha perdido la ilusión por vivir.
Sana el corazón pesimista,
que sólo ve las cosas grises
y no es capaz de lanzarse a la aventura
de buscar y apostar
por nuevas perspectivas, nuevas ilusiones,
nuevos proyectos.

¡Ven, Espíritu ;
y danos tu fortaleza.
Necesitamos que tu fuerza
nos ayude a romper rutina y monotonía,
prejuicios y esquemas inflexibles.
Que nos sacuda de la atonía
tejida de comodidad, individualismo
y seguridades.
Necesitamos tu fuerza
para superar dificultades,
para integrar pérdidas,
para mantener un corazón abierto y disponible
ante la incertidumbre del futuro,
para vivir el cada día con coherencia y fidelidad.

¡Ven Espíritu y danos tu paz!
Tu paz que sosiega, descansa,
que integra todo aquello
que aún es ruido, temor, inquietud.
Danos tu paz.
La paz que nace de acoger y aceptar
el propio misterio personal,
el misterio de los otros.
Que brota del respeto profundo
a los procesos personales y colectivos,
de la búsqueda compartida de la verdad,
del perdón experimentado y regalado.
Que tu Espíritu, Señor,
irrumpe sobre la tierra
y su luz, su fuerza y su paz,
renueven nuestra vida
y transformen el corazón del mundo.
Amén.

(Hna. F.Oyonarte)

